

12 sonetos de 500 años Pedro Casaldáliga

A Cristóbal Colón o Colombo o Colom

La mar era más ancha que Castilla
y el finis terrae no era la verdad.
Mejor que tu ambición soñó tu quilla
y abrió los muros de la Humanidad.

No fue misión de España ni de Roma:
nos encontraste por casualidad.
(Armada ya la paz de tu paloma
contra la paz de nuestra libertad).

Tierras, tesoros, vidas, de un acaso,
perdido nos hallaste y nos vendías,
Cristóbal, ¿de qué Cristo portador?

El Nuevo Mundo te salía al paso,
mientras buscabas sólo especiarías,
sirviendo, sin saberlo, a un Rey mayor.

A las tres carabelas

Palomas de la fiebre de Moguer,
tan dulces en la boca vuestros nombres,
niñas las tres violadas por los hombres
del oro y de la sangre y del poder.

Calzabais horizonte y aventura,
volviéndole la página a la Historia.
Pero al azar de vuestra trayectoria
la mar se inundaría de amargura.

El grito de Pinzón hirió la tierra
y el vuelo del quetzal dejó varado
y puso a la subasta nuestra suerte.

Palomas mensajeras de la guerra,
detrás de vuestros sueños han llegado
todas las carabelas de la muerte.

Al conquistador anónimo

Cierzo y candil, tocino y vino rancios,
tu geografía te encuadraba en tres
todos los altercados y cansancios:
la plaza, la bodega y el ciprés.

Pastor de puercos, plantador de esperas,
ahito de servir o de soñar,
de pronto se te abrieron las fronteras
y te sentiste dueño de la mar.

Venías para el rey, por la fortuna,
perdones y oro codiciando a una,
héroe y bandido mitad por mitad.

Pobre traído para matar pobres,
dejabas, entre lágrimas salobres,
conquistas de embarazos y orfandad.

A la madre anónima

Madre de hijos hechos a la lumbre
y de hijos impuestos por acoso,
somos la despoblada muchedumbre
de tu amor y tu vientre sin reposo.

Molías las palabras y el maíz,
trenzabas los caminos y las palmas.
Indios, negros, mestizos, tu matriz
nos ha dado los cuerpos y las almas.

Guarda tu soledad nuestros despojos
y en el claro de luna de tus ojos
el horizonte irrenunciable vemos.

También bendita entre las mujeres,
no tienes nombre, madre, pero eres
la América que somos y seremos.

A Antonio de Valdivieso

Llenos de unción y libertad tus labios,
repletas de oro y de terror sus arcas,
Pedrarias o Somoza los tetrarcas,
y tú y tu Pueblo frente a sus agravios.

Pastor, espejo claro de pastores,
que el óleo de Las Casas ha bruñido,
un pueblo nuevo vela, estremecido,
la herencia de tus huesos redentores.

Pastor de Nicaragua, todavía
necesitamos hoy tu parresía
contra el Imperio o en la Iglesia ausente.

Primer ocote de la Iglesia alerta,
rosa de sangre pastoral abierta
en el costado azul del Continente.

Al negro anónimo

Los labios gruesos del amor y el canto
no besarán más la tierra amada.
Toda la sal del mar sería llanto;
sólo muerte y exilio, la mirada.

La argolla y la blasfemia del cauterio
cancelaron tu paz, tu Dios, tu gente.
En las blancas razones del imperio
tú no eras, servías solamente.

Pero llevabas Africa en la entraña
y hacías tuya toda patria extraña
y siempre algún tambor salvó tu hora.

Carbón de libertad, diamante duro,
arde en tu sangre el fuego del futuro
hacia la prohibida negra aurora.